

Profesora emérita de la Facultad de Filosofía y Letras, escritora y periodista, ha recibido numerosas distinciones, entre ellas, académica de la lengua, investigadora nacional Nivel III, las becas Rockefeller y Guggenheim, Welford Thompson Scholar (Cambridge), Council of the Humanities Fellow (Princeton), Premio Universidad Nacional, y en creación, los premios Magda Donato por *Las genealogías* y el Villaurrutia por *Síndrome de naufragios*. Tiene más de veinte libros de crítica, y dentro del ámbito de la literatura colonial: *Borrones y borradores. ensayos de literatura colonial* (1992), *Notas y documentos sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca* (1992), *La Malinche, sus padres y sus hijos*, coord., (1994), *Sor Juana Inés de la Cruz. Hagiografía o autobiografía* (1995), *Sor Juana Inés de la Cruz: placeres y saberes* (1996).

MÉXICO: EL DERRUMBE

MARGO GLANTZ

1

Cuando en 1953 me fui a París donde pasé cinco años, mi ciudad de México terminaba en la avenida Insurgentes Sur, a la altura de Barranca del Muerto. Allá lejos, los espacios verdes, muy arbolados; en el horizonte, las montañas vírgenes, no había signos de vida citadina en el Ajusco; más abajo, cerca de Chimalistac, el pastoril entorno donde Santa, la protagonista «nefanda» de la novela de Federico Gamboa, exhibía su «juvenil e inocente belleza», antes de ser precipitada «en el infierno»: las formaciones de lava del Pedregal, donde la joven es «violada salvajemente» (sic) para luego ser trasladada al centro de la ciudad como pupila de la casa de prostitución de Elvira. Una vez allí, como todos los capitalinos de ese entonces, pero no a pie sino en elegante carruaje tirado por caballos —un Quince de Septiembre—, se dirige al Zócalo, va a celebrar el Día de la Patria, a oír el Grito, ceremonia que al comenzar el siglo XX tuvo a su cargo don Porfirio Díaz. Civilización y barbarie a la vuelta de la esquina, campo y ciudad, una combinación casi desaparecida: el paisaje arcádico junto al paisaje salvaje, la ceremonia cívica, los juegos eróticos, la prostitución, el fervor popular:

A espaldas del carruaje, los portales de Mercaderes truncos y asimétricos por *El centro mercantil* terminado casi y que en los pisos concluidos ya, ha derrochado las lamparillas incandescentes. A la diestra la vetusta casa de ayuntamiento, la «Diputación», tam-

bién encortinada y alumbradísima, sin lograr borrar-se las arrugas y el sombrío aspecto que le prestan los años, maciza, ingrata, anacrónica. A su frente, limitando al norte la extensa Plaza... la Metropolitana, monumental, eterna, imponente, erguidas sus torres, grises sus muros, valiente cúpula, formidable en su conjunto de coloso de piedra, incommovible al que no arredran ni el tiempo ni los odios, luce igualmente faroles y colgaduras, todo arcaico, a la antigua todo, los faroles de aceite, las colgaduras desteñidas, venerables, olientes a incienso. A su lado, el Sagrario, en su perpetuo y desgraciado papel de pegote churrigueresco. Por donde quiera vendimias, lumbraradas, chirriar de fritos, desmayado olor de frutas, ecos de canciones, fragmentos de discursos, arpegios de guitarra, lloro de criaturas, vagar de carcajadas, siniestro aleteo de juramento y venablos; el hedor de la muchedumbre, más pronunciado, principio de riñas y final de reconciliaciones; ni un solo hueco, una amenazante quietud, el rebaño humano apiñado, magullándose, pateando en un mismo sitio, ansioso de que llegue el instante en que vitorea su independencia... Y pausadamente, el reloj de Palacio y el de catedral, rompen juntos ese silencio, primero con cuatro campanadas lentas —los cuatro cuartos de hora— después con once, que nacen con idéntica lentitud mecánica, no bien han nacido, cuando, todo a un tiempo, se enciende el balcón histórico, el de barandal de bronce, y dentro de un óvalo de rayos eléctricos, surge el presidente de la república, ...

Y de todos los labios y de todas las almas, brota un grito estentóreo, solemne, que es promesa y que es amenaza, que es rugido, que es halago, que es arrullo, que es epinicio:
—¡Viva México!

Y un siglo después, justo un siglo después, paso por el centro, repleto de bicitaxis y de camiones y de coches y de hombres y mujeres vestidos de jeans, ha cambiado el sentido de las calles, hay que rodear la catedral, maciza siempre, cada vez más hundida, más deteriorada, con su interior hasta hace muy poco oculto por andamios; el taxista que me conduce se impacienta, suena el claxon, los otros taxistas bajan de los coches, se asoman, vuelven a meterse y a sonar el claxon, me duelen los oídos, la plaza se oscurece, ya pronto va a llover; hay soldados deteniendo el tránsito, todo inmóvil, menos el sonido; otros soldados aparecen caminando marcialmente, son alrededor de seis, llevan la bandera para colocarla en medio de la plaza, nuestro símbolo patrio, una bandera mugrosa, arrugada... La plaza enorme y sucia, con gente acampada y con letreros, ¿los electricistas, los maestros, Antorcha campesina?, construcciones de plástico, tablados, la bandera que ya ondea, adornos que en breve serán incandescentes y representan a los padres de la patria, así con minúscula, disminuida, con una catedral que zozobra y anuncia un jubileo, el del Milenio, al lado, el Sagrario, ese «pegote churrigueresco» cada vez más sucio y majestuoso, cadenas tricolores cuelgan de los edificios aledaños, en los portales los puestos de banderas, banderitas y trompetas. Atrás, el agujero del Templo Mayor. Doy la vuelta; entro por Cinco de Mayo, veo las tiendas donde eternamente se venden trajes de novia, en la calle de Cuba, edificios antiguos, puestos ambulantes, tiendas de zapatos, los ultramarinos de «La europea» y en Donceles, frente a una casa antigua de tezontle, un camión de basura: hay un depósito, la calle se atranca, fruta podrida, cartones, periódicos y olores nauseabundos.

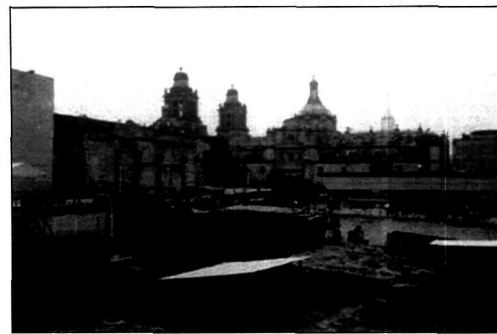
2

Antes de irme a París cené con amigos en un restorán de carnes al carbón en cuyo letrero luminoso, aún de neón, se leía «Restorán Pepito's». Había sólo un Sanborns, la Casa de los azulejos en Madero y una cadena de restoranes que prefiguraban los Vips y que entonces se llamaban los Kiko's, ¿con apóstrofe? Y en 1925, cuando mis padres llegaron, la ciudad terminaba en la calle de Coahuila 123 y uno podía recorrerla a pie o en alguno de los camioncitos cuyos cobradores gritaban

en todas las esquinas los itinerarios, «Roma Mérida», «Roma Mérida», aunque hubiera bastado ver los colores abigarrados con que los pintaban para saber cuál de ellos lo llevaba a uno a su destino, también cercano a bordo de los múltiples tranvías de color amarillo congo que cruzaban la ciudad.

Con estas palabras comienza su novela *El desquite* de Mariano Azuela: «La enorme plaza de asfalto flanqueada de bosque, silbatos, arbotantes, ruedas, peatones, edificios y campanillazos, vertiginosamente inversa, se detuvo en la parada de Soto».

La ciudad de México crecía por entonces, a ella habían llegado muchas familias provincianas ahuyentadas por la Revolución, como bien puede verse en las novelas que Mariano Azuela escribió cuando ya vivía en la capital. En 1925 el centro estaba lleno de señoras elegantes con piel de zorro al cuello, con sombreros de fino velillo que caía coquetamente sobre el rostro, zapatos y bolsa haciendo juego, cejas depiladas y labios muy rojos y cuando cantaban las mujeres tenían la voz aguda y clarita, la voz de las mujeres abnegadas y dulces, Esmeralda y la argentina Libertad Lamarque; desentonaba Lucha Reyes, aguardentosa y dispuesta siempre a la revancha, más tarde, Chabela Vargas, sensual y trágica, cantaba en los años sesenta, cerca de donde estaría más tarde el metro Insurgentes, y luego Chabela volvió a cantar, era la década del 90, en «El Hábito», invitada por Jesusa Rodríguez; los muchachos de antes iban trajeados y ensombrerados, de Sonora a Yucatán se usaban sombreros Tardán y se bebía cerveza Corona, ¿no decía Salvador Novo que «20 millones de mexicanos no podían estar equivocados»? En las calles de la Merced los indios usaban calzón de manta blanca y sombrero de palma y a su lado iban las mujeres con rebozo de bolita, trenzas y enaguas o vestidas con vestidos brillosos color rosa mexicano, no se veía el color, pero sabemos que era rosa mexicano, abundaban los niños callejeros, los mendigos, los perros sarnosos y los tameses que cargaban sus enormes bultos o que en épocas de lluvia transportaban sobre su lomo a los niños o a las mujeres de clase me-



Templo Mayor.

dia cuando la ciudad se inundaba, sus calles enlodadas; por Corregidora o Jesús María, junto a los cajones de ropa, había puestos de fruta o de verduras frescas colocadas en perfecto equilibrio como en el famoso cuadro de Olga Costa. En expendios que aún existían en la década de los cuarenta se vendían las famosas gelatinas Rosita, amarillas y temblorosas y unas natillas líquidas avainilladas que se asocian en mi mente con el tepache, una bebida ahora poco frecuente, vendida en los puestos callejeros de san Cosme, al lado de Mascarnes donde por entonces se alojaba la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Magna Casa de estudios, la UNAM.

Al final de la semana Santa, el Sábado, la ciudad se llenaba de Judas y del sonido atornador de las matracas que con su estruendo creían poder abrir las puertas de la Gloria, mientras se abrían de par en par los enormes portones de las iglesias, la del convento de Jesús María o la de la iglesia de Popotla, al lado del árbol de la Noche Triste, en el antiguo Reino aliado de Tacuba, por donde Cortés salió para recuperar sus fuerzas rumbo a Tlaxcala. En la iglesia de Regina, lóbrega y brillante, los sanguinolentos cristos de caña me miraban con sus ojos de cristal, cuando acompañaba a misa a mi nana. Las hileras de enormes judas colgados en los hilos del telégrafo empezaban a estallar, algunos curas daban su mano a besar y los niños los miraban asustados.

Entonces el Centro era verdaderamente el Centro y era uno solo, un solo Centro, alrededor del cual se había construido la ciudad, esa ciudad que conocemos, la que mandó construir Cortés y que ahora llamamos por no decir otra cosa, el Centro Histórico. De la otra, de la ciudad prehispánica, nos dan noticia las excavaciones del Templo Mayor, su Coyolxauqui, su Casa de las Ajaracas, su Zompante, sus escaleras, sus caballeros águilas, sus gigantescos caracoles de piedra basáltica.

Walter Benjamin explica su plan de trabajo para recuperar a París, la Capital del siglo XIX:

De tal forma que a través de las ruinas de los grandes edificios la idea de su plan arquitectónico hable de manera más impresionante que a través de los edificios menos grandiosos, aunque estén perfectamente conservados.

En la colonia Condesa que cuando yo era chica era un Hipódromo se inauguró en 1947 la primera gran tienda de departamentos norteamericana, *Sears*, al día siguiente algunas amigas, las hijas de un político alemanista, llegaron a la Facultad vestidas como gringas. En el centro, perfectamente establecidos desde principios de siglo, los grandes almacenes franceses mostraban las últimas novedades de la moda, *El puerto de Liverpool*, *El Palacio de Hierro*, *El centro mercantil* (en construcción mientras Gamboa escribía *Santa*) y *La ciudad de México*. En Palma, cerca de Venustiano Carranza, que a lo mejor todavía se llamaba Capuchinas, estaba *Armand* donde invariablemente se compraban las mejores telas importadas y los más elegantes botones. Mi madre, al regreso de un viaje que hizo a Nueva York, me trajo un vestido que inauguraba el famoso «New Look», impuesto por Christian Dior después de la Guerra: faldas largas y acampanadas, la cintura muy apretada, tacones altos, zapatos puntiagudos, menos maquillaje y las cejas sin depilar: Un fourierista francés se ocupaba de la sección de ciencias naturales en una revista parisina y frívola, su zoología coloca al reino animal bajo el cetro de la moda. Considera a la mujer como la mediadora entre el hombre y las bestias. En cierta forma, dice, es la decoradora del reino animal que en cambio deposita a sus pies sus plumajes y sus pieles. Sin comentarios.

Antes de la Segunda Guerra los almacenes alemanes Bocker vendían los mejores productos de tlapalería de la ciudad, esos productos que ahora se venden en una casa Bocker disminuida y en muchas de las tlapalerías de las diferentes colonias y sobre todo en los Wall Marts, convenientemente distribuidos en sitios estratégicos de la ciudad, o también al lado del periférico, como por ejemplo los Price Club's o el Sam's. En la Merced, en cambio, las cosas se vendían (aún se venden) al mayoreo o al menudeo, abundan y abundaban los cajones, esas tiendas de antigua prosapia colonial, donde se instalaron hacia 1920 los inmigrantes judíos, algunos todavía ejerciendo su oficio de aboneros, otros produciendo ellos mismos la mercancía que vendían, aunque luego emigraron a la colonia Hipódromo, cerca del Parque España y del Parque México.

Destruído en el primer tercio del siglo XIX, el mercado del Parián estaba en lo que sería después el Zócalo. El México de los años treinta del siglo XX era quizá a la vez muy semejante al México decimonónico y hasta a la ciudad colonial. Guillermo Prieto, en *Memoorias de mis tiempos*, describe esa zona de la capital:

Por aquel tiempo se ordenó y llevó a cabo la demolición del Parián, grande cuadrado que ocupaba toda la extensión que hoy ocupa el Zócalo, con cuatro grandes puertas, una a cada uno de los vientos, y en las caras exteriores, puertas de casas o tiendas de comercio. En el interior había callejuelas y cajones como en el exterior y alacenas de calzados, avíos de sastre, peletería, etc.

En un tiempo los parianistas constituían la flor y la nata de la sociedad mercantil de México, y amos y dependientes daban el tono de la riqueza, de la influencia y de las finas maneras de la gente culta.

La parte del edificio que veía al palacio la ocupaban cajones de fierros, en que se vendían chapas y llaves, coas y rejas de arado, parrillas y tubos, sin que dejaran de exponerse balas y municiones de todos calibres, y campanas de todos tamaños. Al frente de la catedral había grandes relojerías..., la contraesquina de la 1ª calle de Plateros y frente del portal la ocupaba la gran sedería del Sr. Rico, en que se encontraban los encajes de Flandes, los rasos de china, los canelones y terciopelos, y lo más rico en telas y primores que traía la nao de china... En el interior, principalmente, los cajones de ropa eran de españoles...

4

Los siglos se encabalgan, la Colonia, el México independiente, el porfiriato, la ciudad posrevolucionaria, la modernidad: El *art nouveau* (La Reforma, la Colonia Juárez, Santa María la Ribera) el *art decó*, Bellas Artes, el Monumento a la Revolución, el edificio Guardiola, y poco a poco la Hipódromo-Condesa, Anzures y Polanco, con el funcionalismo: la casa de Diego Rivera en Altavista, Juan O'Gorman.

En el Salón México las muchachas bailaban con los pachucos; iban vestidas como sus patronas, es decir, como Lauren Bacall el día en que se encuentra con Humphrey Bogart en alguna película con argumento de Chandler. Yo recuerdo el Waikiki, mucho más elegante.

Azuela narra en *La marchanta* la historia de Santiago, un fuereño que al llegar a la capital frecuenta los cabarets de moda, tratando de conquistar a una actriz de cine:

Vocerío, retintín de cristales, chirrido de sillas, risas, rumores y los acentos ahogados de la orquesta lo tenían embobado... Lujosos trajes de noche, smokings negros, blancas pecheras, telas policromadas, servían de fondo a la carne viva y palpitante. El neón sabiamente distribuido ponía luciérnagas en los endrinos ojos, carey o llamas en los peinados y alabastro en las sedosas nucas, en los combos pechos, en los brazos y piernas modelados a torno y en espaldas como ánforas... El cabaret, las mujeres, los grandes candiles, los muros revestidos de cristales que lo agrandaban todo al infinito le seguían dando vueltas en la cabeza...

Las veladoras cerca de Garibaldi, ponche de granada y tequila con sangrita, mariachis y José Alfredo Jiménez, «Ella» y yo, nosotros, desgarrados, de cabaret en cabaret, muchas noches a mitad de la semana, el Esmirna, cerca de San Juan de Letrán, hoy Eje Lázaro Cárdenas, el Blanquita, el Tenampa, los toques eléctricos mientras se echaba uno su tequila y los mariachis cantaban, el mercado, dulce de tejocote, más sangrita y más tequila. El Salón México, el Waikiki, el Eco, luego Uruchurtu, la vida se tranquilizó, se volvió ¿más sana?

5

Cuando estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria, en 1945, todavía en San Idelfonso, y las clases comenzaban a las siete de la mañana, nos desayunábamos en los cafés de chinos del barrio, en la Plaza del Carmen, tomábamos café turco en el café de los griegos de la calle de Argentina o coqueteábamos con los muchachos que estudiaban Leyes cerca de la Secretaría de Educación. Un día nos fuimos de pinta varias compañeras al cine Regis donde exhibían *El diablo en el cuerpo* de Claude Autant Lara, con Gerard Philippe y Micheline Presle, una película erótica prohibida a menores de 21 años. Sí, allí estaban los baños turcos, el hotel el cine y el café Regis, luego se cayeran con el terremoto de 1985, enfrente, todavía, el Hotel del Prado con los frescos de Diego Rivera, como allá en la Prepa los de Orozco, mientras por los



Catedral Metropolitana.

pasillos caminaban los porros, los fósiles, las muchachas y los estudiantes grababan con navaja «Te amo, Rosita» sobre las pinturas: hubo muchas huelgas durante el sexenio de Miguel Alemán, de 1946 a 1952, ese sexenio en que la ciudad empezó a modernizarse. Al fondo de la Avenida Juárez, al lado del paseo de la Reforma, impenetrable, el Monumento a la Revolución:

El Monumento de la Revolución explica Azuela en *Nueva burguesía*, se levanta sobre cuatro colosales patas de cemento y hierro, cuatro arcos escuetos sostienen su gigantesco casco de acero. En la base de la cúpula, en cada uno de sus ángulos, sobresalen en alto relieve bloques de concreto, cuerpos masudos, cabezas aplastadas, caras cuadrangulares y manos como sapos monstruosos acariciando barrigas repletas a reventar. Molesta un poco su simbolismo cruel; pero su bestialidad es casi sublime. Hay que convenir en que la interpretación ha sido un acierto, y desde muchos puntos de vista, genial.

Cerca del edificio Guardiola había un edificio colonial que albergaba el museo de las enfermedades venéreas, adonde nos llevaba nuestro profesor de Higiene Mental en 1946: estábamos en segundo año de preparatoria, nos daban clases en el enorme auditorio de la Preparatoria Nacional n° 1, la única preparatoria entonces, situada en el antiguo Colegio de los jesuitas, San Ildefonso, hoy un gran museo, el auditorio estaba lujosamente amueblado con la sillería barroca de la iglesia de San Agustín, en las paredes enormes cuadros de solemnes dignidades eclesiásticas que nos miraban severamente mientras el profesor nos hablaba de la sífilis, la gonorrea, enfermedades secretas como se leía en los enormes rótulos que colgaban de algunos balcones de la calle de San Juan de Letrán, hoy eje vial Lázaro Cárdenas. El edificio que contenía maquetas de cera exhibiendo con impudicia las deformaciones producidas por la sífilis, se convirtió luego en el museo de las artesanías, con el mapa de la República y sus producciones artesanales pintado por Miguel Covarrubias, en la pared principal, enfrente de la entrada. Junto estaba el cine Alameda cuyo techo era un

enorme cielo raso pintado de azul con estrellas que no dejaban a los espectadores concentrarse en las películas. Los edificios de esa acera siguen cerrados, no han podido recuperarse del terremoto del 85. Atravesábamos la calle, casi no había tráfico, y nos quedábamos un rato mirando el Hemiciclo a Juárez mientras los sinarquistas coronaban al prócer con una capucha negra, para castigarlo por haber escindido a la Iglesia del Estado, o quizá no fueron ellos lo que así lo castigaban sino Rafael Bernal, el novelista, el autor de *El complot mongol*, excelente novela bastante reaccionaria: los fotógrafos callejeros nos retrataban y luego nos vendían «una foto instantánea», que poco a poco se iba ennegreciendo.

6

La ciudad estaba muy politizada en la década de los cincuenta, los estudiantes íbamos a mítines estruendosos en los que Vicente Lombardo Toledano, elegantemente vestido, pasaba largas horas explicando la lucha de clases y las tácticas necesarias para derrocar al capitalismo. Entonces se veneraba al padercito Stalin que, como lo anunció el *Últimas Noticias*, alzó los tenis por esos años. Para reforzar nuestra politización incipiente íbamos a una sede del partido comunista atendida por la cubana Teresita Proenza, quien luego pasó largos años en la cárcel en la Cuba de Fidel; allí exhibían en salas improvisadas las grandes películas del expresionismo ruso, sobre todo *El acorazado Potemkin* e *Ivan el terrible*. No sé si al mismo tiempo, es decir antes de irme a Europa o cuando regresé de Francia, frecuentábamos el cine club del IFAL (Instituto Francés de América Latina), dirigido por Jomi García Ascot, entonces como ahora estaba en la calle de Sena, en la muy hermosa (por esos días) colonia Juárez, justo enfrente de lo que luego sería la famosa Zona Rosa, (ahora zona de derrumbe) donde siempre se exhibía *Tiempos Modernos* de Charlie Chaplin, película que invariablemente substituía a la que estaba programada. A mi regreso de París, presentaba la película o se disculpaba por volverla a presentar «la Bruja» González de León, muchas veces acompañado de Manuel Michel, ambos estudiantes de cine en la Ciudad Luz, cuando yo también estudiaba allí.

Los espacios son inventados por la memoria que inventa trucos y clasifica los recuerdos y los confunde en un tiempo impreciso durante el cual la ciudad serena, transparente, caminable, se va convirtiendo en la ciudad de los viaductos y los coches, una ciudad degradada que con sus ambulantes y la contaminación ha dejado de ser para siempre la región más transparente del aire.

Ya en *Las ciudades desiertas* de José Emilio Pacheco se describe una capital de los finales de los años cuarenta:

Me acuerdo, no me acuerdo. ¿Qué año era aquél? Ya había supermercados, pero no televisión, radio tan sólo: Las aventuras de Carlos Lacroix, Tarzán, El llanero solitario, La legión de los Madrugadores. Los Niños Catedráticos, Leyendas de las calles de México, Panseco, El doctor I.Q., La Doctora corazón desde su Clínica de almas, Paco Malgesto narraba las corridas de toros, Carlos Albert era el cronista de fútbol, el Mago Septién transmitía el beisbol. Circulaban los primeros coches producidos después de la guerra: Packard, Cadillac, Buick, Chrysler, Mercury, Hudson, Pontiac, Dodge, Plymouth, De Soto. Íbamos a ver películas de Errol Flynn y Tyrone Power, a matinés con una de episodios completa: La invasión de Mongo era mi predilecta. Estaban de moda Sin ti, La burrita, La rondalla, La múcura, Amorcito corazón... Fue el año de la poliemitis: escuelas llenas de niños con aparatos ortopédicos; de la fiebre aftosa; en todo el país fusilaban por decenas de miles reses enfermas; de las inundaciones: el centro de la ciudad se convertía en laguna, la gente iba por la calle en lanchas. Dicen que la próxima tormenta estallará el canal del desagüe y anegará la capital. Qué importa, contestaba mi hermano, si bajo el régimen de Miguel Alemán ya vivimos hundidos en la mierda.

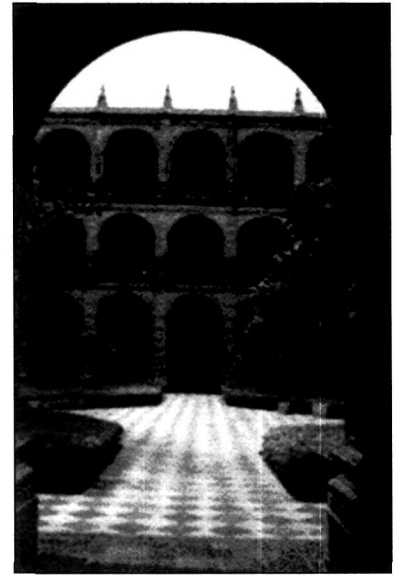
Con mi hermana y mis amigas jugábamos a contar Cadillacs al salir de la escuela, comíamos unos chocolates redondos rellenos de cajeta, recargadas en la gran estatua *art decó* que representa en el parque México a una mujer desnuda cargando unos cántaros, estatua que ahora apenas se ve. El primer novio que tuve a los diecisiete años tenía un Dodge de dos puertas: mis amigas, mis hermanas y mis padres me instaban a casarme con él, ¿acaso en ese tiempo la gente tenía coche? Después de la guerra, en 1945 o 1946, a mi hermana menor le dio la fiebre aftosa: pero ya empezaba a circular por ese entonces la penicilina.

Quizá si mi novio hubiera tenido un Cadillac y no un Dodge me hubiera casado con él: eran muy elegantes, acharolados, con el cofre inmenso y sus puntas retorcidas como de cama antigua, una especie de dosel. Me imagino que por eso la novia del General Aguirre, Rosario, se convierte en su amante, un día asoleado, enturbiado de pronto por la lluvia, mientras el chofer del político los sigue a vuelta de rueda y vigila a los enamorados que pasean a pie por la calzada: la lluvia los obliga a refugiarse dentro del coche, y a usar sus mullidos sillones como cama. Nos lo cuenta hacia 1928, en *La sombra del caudillo*, Martín Luis Guzmán:

El Cadillac del general Ignacio Aguirre cruzó los rieles de la calzada de Chapultepec y, haciendo un esguince, vino a parar junto a la acera, a corta distancia del apeadero de insurgentes... A esa misma hora esperaba Rosario, bajo las enhiestas copas de la calzada de los insurgentes, el momento de su cita con Aguirre... Ignacio Aguirre la contempló a lo lejos; trascendía de ella luz y hermosura. Y sintió, conforme se acercaba, un transporte vital, algo impulsivo, arrebatado, que de su cuerpo se comunicó al Cadillac y que el coche expresó pronto, con bruscas sacudidas, en la acción nerviosa de los frenos...

7

En 1958, como ya lo dije, regresé de Europa. En París estudié las crónicas de los viajeros que habían venido a México durante los veinte años cruciales y revueltos que contemplaron dos intervenciones extranjeras (la norteamericana y la francesa, de 1847 a 1867). Gracias a ellos, redescubrí mi ciudad a la que desde entonces miré de manera diferente, al final de las calles del centro o de las colonias por las que me iba llevando la vida cotidiana se veían las montañas y sobre todo los volcanes, esos volcanes que los turistas o comerciantes extranjeros describían con asombro y desconcierto para luego hacer bocetos minuciosos en sus cuadernos de dibujo o en sus diarios de viaje y que ahora casi nunca se ven, cuando aparecen de repente en un día soleado y claro, casi nos da un infarto.



Colegio de San Ildefonso.

En mi modo de escribir, confiesa Marín Luis Guzmán lo que mayor influjo ha ejercido es el paisaje del valle de México. El espectáculo de los volcanes y el Ajusco, envueltos en la luz diáfana del Valle de México, pero particularmente en la luz de hace varios años. Mi estética es antes que todo geográfica. Deseo ver mi material literario como se ven las anfractuosidades del Ajusco en día luminoso o como lucen los mantos del Popocatepetl.

Y Velasco pintaba con una luz aún más luminosa y Guzmán recuerda tiempos de mayor transparencia, una transparencia que acercaba las cosas, esa transparencia que yo llegué a ver en mi infancia y todavía a mi regreso de Europa. México se ha vuelto el juego de la opacidad frente a la transparencia.

8

¿Qué es una ciudad? Richard Sennett asocia las construcciones de piedra de una ciudad con los cuerpos históricos que por ella se movieron, intenta definir cómo los problemas relacionados con el cuerpo han encontrado expresión en la arquitectura, en la planificación urbana y en la planificación de la misma.

Mi ciudad es sobre todo una ciudad asociada a los zapatos, zapatos de mi infancia que estaban en venta en las distintas zapaterías que mis padres tuvieron en el pueblo de Tacuba donde viví en diferentes épocas de mi vida. Con mi padre solía ir al barrio de Tepito a comprar zapatos de glacé, choclos y botines (unisex) que ostentaban en el forro y en la caja de cartón corriente la marca Elizalde, escrita en cuidadosa caligrafía tipo Palmer. Mi padre y yo caminábamos un poco temerosos por esas calles oscuras, encharcadas, cuyos habitantes aún conservan la misma imagen, modernizada por la ropa y los peinados y descrita numerosas veces por nuestros autores clásicos, a lo largo de los años, por ejemplo en el Payno que escribió *El fistol del diablo*, allá por los años 45 del siglo antepasado:

...en uno de esos lugares de México que se llaman barrios y los cuales apenas se puede creer que forman parte de la bellísima capital, reina de las Américas. No hay en ellos ni empedrados, ni aceras; inmundos albañales ocupan el centro de la calle, y por toda ella está esparcida la basura y la suciedad, lo cual hace

que la atmósfera que allí se respira sea pesada, fétida y, por consecuencia, altamente perjudicial a la salud... En cuanto a la población que habita por lo común allí, no puede decirse sino que está en armonía con los edificios ...

9

En un libro intitulado *Espèce d'espaces*, Georges Perec hace un inventario poético de los espacios por donde transcurre el ser humano, empezando por el lecho donde se duerme, se lee o se hace el amor, termina, como es debido, con la ciudad:

Una ciudad: piedra, concreto, asfalto. Gente desconocida, monumentos, instituciones.

Megalópolis. Ciudades tentaculares, arterias. Muchedumbres...

¿Qué es el corazón de una ciudad? ¿El alma de una ciudad? ¿por qué se dice que una ciudad es bella o es fea? ¿Qué hay de bello o de feo en una ciudad? ¿Cómo se conoce una ciudad? ¿Cómo se conoce la propia ciudad?

Método: se necesitaría o bien renunciar a hablar de la ciudad..., o bien obligarse a hablar de ella de la manera más simple posible, hablar con naturalidad, familiarmente. Rechazar cualquier idea preconcebida. Dejar de pensar en términos convencionales, olvidar lo que dicen los urbanistas y los sociólogos.

Hay algo terrible en la idea misma de la ciudad; ... jamás podremos explicar o justificar a la ciudad. La ciudad está allí, es nuestro espacio y no tenemos otro. Hemos nacido en las ciudades, hemos crecido en ellas. Es en las ciudades que respiramos... No hay nada inhumano en una ciudad, excepto nuestra propia humanidad.

10

La ciudad de Perec es París, una ciudad dividida por el río, por el Sena, la rivera derecha o la rivera izquierda definen los espacios y los edificios se alinean de manera lógica según su colocación en relación con el río. ¿Cómo ubicarse en la ciudad de México, región dónde nos ha tocado vivir? Ciudad fundada en forma de damero sobre lagos, ciudad acuática por excelencia, ciudad lacustre por definición, ciudad producto de una peregrinación y de una profecía que nos instala míticamente y de la que hemos sido expulsados o de la que nos hemos expulsado nosotros mismos. Los mexicas, dice Fray Diego Du-

rán en su *Historia de los indios de Nueva España*

Lo primero que hallaron fue una sabina, blanca toda, muy hermosa, al pie de la cual salía aquella fuente. Lo segundo que vieron fue que todos los sauces de aquella fuente alrededor tenía eran blancos, sin tener una sola hoja verde. Todas las cañas de aquel sitio eran blancas y todas las espadañas alrededor. Empezaron a salir del agua ranas, todas blancas y pescado todo blanco, y entre ellos, algunas culebras de agua, blancas y vistosas. Salía esta agua entre dos peñas grandes, la cual salía tan clara y linda que daba sumo contento.

Pero la blancura, la pureza se transforman rápidamente, son pasajeras, el color y la densidad del agua cambian, ésta se vuelve opaca, viscosa, sanguinolenta:

Tornaron a topar la fuente que el día antes habían visto, y vieron que el agua que el día antes salía clara y limpia, aquel día salía bermeja, casi como sangre, la cual agua se dividía en dos arroyos, y el segundo arroyo, en el mismo lugar que se dividía salía tan azul y espesa que era cosa de espanto,

Tenochtitlán fue una ciudad verdadera, armoniosa, no sólo una utopía en la escritura. Cortés exclama cuando la mira, antes de destruirla, en su *Segunda Carta de Relación* dirigida a Carlos V, sus palabras son conocidas, debo repetirlas, sin embargo, han quedado para siempre en el papel, en esa antigua ciudad desaparecida y escriturada:

Hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, porque tienen canoas en torno más de cincuenta leguas. Y la una de estas lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. ...El cual estrecho tendrá un tiro de ballesta, y por entre la laguna y la otra, y las ciudades y otras poblaciones que están en las dichas lagunas, contrastan las unas con las otras en sus canoas por el agua, sin haber necesidad de ir por la tierra. Y porque esta laguna salada grande crece y mengua por sus mareas según hace la mar todas las crecientes, corre el agua de ella a la otra dulce tan ricio como si fuese caudalosos ríos, y por consiguiendo a las menguantes va la dulce a la salada.

Esta gran ciudad de Temixtitán está fundada en laguna salada y desde la tierra firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquier parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas...

Y Manuel Payno a finales del siglo XIX, explica con incredulidad en su famosa novela *Los bandidos de Río Frío*:

Imposible de creer que en una ciudad como la capital de la República Mexicana, situada en la mesa central de la altísima cordillera de la Sierra Madre, pueda haber un puerto.

En 1915 Alfonso Reyes en su *Visión de Anáhuac* explica esta transformación como larga labor de siglos, labor persistente, concienzuda, pernicioso:

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900 (¿sólo 1900, me pregunto?) Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones – que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra tiene que cavar...

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca de la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriendo sus piedras florecidas, acechaba, con ojo azul, sus torres valientes. Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

11

Coyoacán, dicen, conserva aún sus edificios originales, algunas paredes de templos prehispánicos, y varias construcciones iniciadas por Cortés; aseguran que la casa que está en la esquina de Francisco Sosa y Tres Cruces (el camino que ligaba los antiguos reinos con Tenochtitlán y uno de los caminos reales del México colonial) fue construida por Diego de Ordaz, y que la que hoy llamamos Casa Alvarado (lugar donde por allá de los años 70 se concibió, almacenó y distribuyó la Enciclopedia de México, dirigida por José Rogelio Álvarez y donde ahora se alberga la fundación Paz), fue construida por Pedro de Alvarado. También se dice que lo que hoy se conoce como el Palacio de Cortés y la Casa de la Malinche fueron edificados en aquellos tiempos. Pero los que saben afirman que las inundaciones del siglo XVII hacen imposible que aún se conserven edificios construidos en aquellos años, y dicen además que Cortés y sus solda-

dos regresaron a la Ciudad de México en 1523, con lo que las construcciones antes aludidas jamás hubieran podido haberse terminado en tan breve lapso, ¿son la excepción el excesivamente restaurado convento de San Juan Bautista y el arco tequitqui que está frente a Francisco Sosa?

En realidad, quizá no importe tanto. A finales de la década del cuarenta, solía venir a Coyoacán en un trenecito que cortaba en dos la Avenida de ese nombre, me bajaba cerca de los Viveros y me ponía a caminar por las avenidas leyendo a Kant o tratando de asimilar el concepto de plusvalía en Marx. Si quería descansar iba a visitar a un amigo, Sergio Morales, antropólogo que investigaba en El Colegio de México y nos hablaba de una original teoría que más tarde habría de concretar Miguel León Portilla en su *Visión de los Vencidos*. Sergio vivía en una casa pueblerina, en una de las callecitas que dan a Francisco Sosa, con su pulquería en la esquina, establecimiento habitual entonces y que, como tantas cosas, ha desaparecido totalmente de nuestro panorama mental y espacial y ahora es una elegante tienda de ultramarinos cuyo dueño es un francés. Allí pasaba un tranvía local y había un paradero con unas bancas, esquina muy semejante a la que hay actualmente, pero en lugar de la pulquería está esa tienda de ultramarinos donde se venden vinos y quesos importados y enfrente se hacen pasteles como los llamados «tartes tatin».

Hay que interrogar lo habitual, vuelve a decir Georges Perec. Pero justamente, agrega, estamos habituados a lo común y corriente. No lo interrogamos, no nos interroga, parece que no plantea ningún problema, lo vivimos sin pensar, como si no se pudiesen plantear preguntas ni respuestas, como si careciésemos de información. No es que estemos acostumbrados, es que estamos anestesiados. Nuestra vida es un sueño sin sueños, ¿dónde están nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestro espacio?

¿Cómo hablar de esas «cosas comunes», cómo perseguirlas, encontrarlas, arrancarlas de la viscosa costra en la que están incrustadas y perdidas, ¿cómo darles un sentido, ‘una lengua’, para que hablen de lo que es y de lo que somos?

En 1970, me mudé a Coyoacán, Tres Cruces corría hacia el norte, el parque tenía árboles frondosos, poco tráfico y los domingos bajaban los indios a vender su mercancía, como

lo hacían en Comala en tiempos de Pedro Páramo; entre otras cosas traían fruta, flores y «verdaderas» figuras olmecas, totonacas, teotihuacanas, también estatuas de madera de Guerrero que representan santos, vendían también máscaras y monstruos, perlas de río y corales auténticos. El aire era liso y tierno, como el de los grabados del siglo XIX, y en la iglesia de san Juan Bautista se celebran bodas y las campanas repican, los días de los santos se hacen y se hacían castillos y los perros ladraban; en Los Reyes cada año se confeccionan arcos y alfombras de flores el 6 de enero y en el Cuadrante retumban los cuetes del 4 de octubre para celebrar el cordonazo de san Francisco. El pueblecito de Coyoacán (o el de San Ángel o el de Tlalpan) es ya parte de la ciudad, con sus restoranes, bazares y graffitti y los domingos la gente se desplaza como si éste (o éstos) fuera el centro o uno de los centros capitalinos, y los días 15 de septiembre las calles y la plaza se llenan en torno al Palacio de Cortés para que todo el mundo oiga el Grito, como hace cien años lo oyó Santa en el Zócalo.

12

Cuando se llega a la capital, en avión y en época de secas, la ciudad se extiende interminablemente, y en la noche, con sus miríadas de luces encendidas, el panorama es glorioso. Pero si se llega de día, la ciudad se extiende hacia el infinito, achatada y amarillenta, dejando ver sus cicatrices, su desolada e intensa red de calles torcidas, polvosas y asfaltadas, árboles desmedrados, basura, polvo y su cielo es cenizo.

Durante el desarrollo del individualismo moderno y urbano, el individuo se sumió en el silencio de la ciudad, avisa Sennett. La calle, el café, el almacén (¿no falta añadir los centros comerciales?), el ferrocarril, el autobús y el metro se convirtieron en lugares donde prevaleció la mirada sobre el discurso. Cuando son difíciles de sostener las relaciones verbales entre extraños en la ciudad moderna, los impulsos de simpatía que pueden sentir los individuos de la ciudad mirando a su alrededor se convierten en momentáneos...

La ciudad de México reitera los estereotipos, fue –ya no es– una ciudad fundada sobre el agua, una nueva Venecia, una Venecia inundada, de cuya muestra queda un dudoso bo-

tón, Xochimilco y sus chinampas; a la cristalina calidad del agua se añadía la extraordinaria transparencia del aire: una transparencia que como la vista de los volcanes y las noches estrelladas ya no es, solamente fue. Hay que entonar la palinodia, la del polvo, la del desastre, y profetizar, es muy fácil, es muy fácil anticipar el desastre, los apocalipsis de bolsillo, el apocalipsis del final, enumerar lo que se acaba, se extermina, se agosta: los magueyes, los mezquites, la grana cochinilla, los telares, los judas, el pulque y las pulquerías, los monstruos de Ocumicho, las mariposas monarca, las peras gamboa, las rosas balme.

Es muy fácil caer en la nostalgia, decir o sentir que cualquier tiempo pasado fue mejor y predecir catástrofes, el apocalipsis que le toca en suerte a una ciudad y a sus habitantes, distinto al que impone el Gran Apocalipsis Verdadero, figura bíblica del pasado y que, anunciado como Futuro, exige la terminación de los Tiempos y del Tiempo en una Catástrofe Universal Definitiva. La nuestra es simplemente una realidad cotidiana, el futuro de una ciudad que se va construyendo día a día y cuyo futuro, ya presente, reviste las formas del caos y sus rituales, como en *Los rituales del caos* escribe Carlos Monsiváis:

Y digo lo que miré en el primer día del milenio tercero de nuestra era... Y vi una puerta abierta, y entré, y escuché sonidos arcangélicos... y vi la ciudad de México (que ya llegaba por un costado a Guadalajara y por otro a Oaxaca) y no estaba alumbrada de gloria y de pavor, y si era distinta desde luego, más populosa, con legiones columpiándose en el abismo de cada metro cuadrado, y video-clips que exaltan a las parejas a la bendición demográfica de la esterilidad o al

edén de los unigénitos, y un litro de agua costaba mil dólares, y se paga por meter la cabeza unos segundos en el tanque de oxígeno, y en las puertas de las estaciones del Metro se elegía por sorteo a quienes si habrían de viajar... Y había retratos de la Bestia y de la Ramera, y el número era el 666, pero comprendí que no estaban allí para espantar, sino con tal de promover series especiales, y busqué en vano las señales, o los arcos celestes, los tronos que emitían relámpagos, los mares de vidrio, los animales tan poblados de ojos que parecían salas de monitores, los libros de siete sellos. Sólo encontré los signos de plagas, muerte, llanto y hambre, pero no eran muy distintos a los anteriores, a los por mí vividos, más temibles porque recaían sobre más gente, pero hasta allí...

Y me alarmé y pregunté ¿qué ha sucedido con profecías y prospectivas? ¿Dónde almacenáis el lloro y el crujir de dientes, y los leones con voz de trueno que esparcen víctimas como si fuesen volantes, y el sol negro como un saco de cilicio, y la luna toda como de sangre, y las estrellas caídas sobre la tierra. ¿dónde se encuentran? ¡No pretendáis escamotearme el Apocalipsis, he vivido en valle de sombra de agonía aguardando la revancha suprema de los justos, hice minuciosamente el bien con tal de ver a los fazedores del mal reprendidos a fuerza de fuego y de tridentes y cesación del rostro de Dios! ...

Y en ese instante vi el Apocalipsis cara a cara. Y comprendí que el santo temor al Juicio Final radica en la intuición demoníaca: uno ya no estará para presentarlo. Y vi de reojo a la Bestia con siete cabezas y diez cuernos, y entre sus cuernos diez diademas, y sobre la cabeza de ella nombre de blasfemia. Y la gente lo aplaudía y le tomaba fotos y videos, y grababa sus declaraciones exclusivas, mientras, con claridad que había de tornarse bruma dolorosa, llegaba a mí el conocimiento postrero: la pesadilla más atroz es la que nos excluye definitivamente...